

5

FUENTES DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD: II. LOS SACRAMENTOS

38 *Los sacramentos son lugar privilegiado de encuentro con Dios en el Señor Resucitado y, por tanto, fuentes insustituibles de nuestra espiritualidad.*

En el bautismo recibimos la vida nueva en Cristo, nos unimos a él y a la comunidad de creyentes e iniciamos nuestra andadura como seguidores de Jesús. En este mismo itinerario bautismal se inserta la confirmación, en la que el Espíritu nos fortalece para continuar la misión de Cristo, confesarle y dar testimonio de él. También el encuentro con el Señor en el sacramento de la penitencia, además de reconciliarnos con Dios y con la Iglesia, dinamiza en nosotros el proceso bautismal de muerte y resurrección.

En la eucaristía nos unimos al Señor en su misterio pascual para que su soberanía destruya en nosotros el poder de la “carne” y fortalezca la vida nueva iniciada en el bautismo. La eucaristía nos lleva a la identificación con Cristo paciente, víctima de su lucha por anunciar y extender el Reino de Dios. Crea y alimenta la comunión fraterna. Este sacramento tiene para nosotros, como tuvo para Claret, un marcado sentido apostólico, ya que alimenta en nosotros la caridad que urge a la evangelización y hace de todo claretiano “un hombre que abrasa por donde pasa.

Los que hemos recibido el sacramento del matrimonio, amándonos y viviendo la presencia sacramental de Cristo en nuestro amor, nos unimos cada día más al señor y nos ayudamos mutuamente en el camino de la santidad y del apostolado.

1. Los sacramentos son mucho más que los siete sacramentos

Habitualmente relacionamos la palabra sacramento sólo con alguno de los siete sacramentos, pero su significado es mucho más amplio. Como los sacramentos son lugar de encuentro con Dios, Cristo mismo es sacramento de Dios para nosotros, porque en Él Dios se nos manifiesta, se hace visible, viene a nuestro encuentro y actúa en nuestra vida. Él es el lugar primero y principal de nuestro encuentro con Dios, por eso se dice que él es “el sacramento originario”. En él tienen su origen todos los sacramentos, que no son más que diversos modos y momentos de encuentro con Cristo.

La Iglesia, por su parte es el sacramento de Cristo. En efecto, Cristo, que dejó de ser visible por su resurrección y ascensión a los cielos, quiso hacerse presente y visible, en todos los tiempos y lugares, a través de la Iglesia. De ese modo la Iglesia, toda ella, es sacramento de Cristo y del Padre, por que los transparenta, los hace visibles y porque es lugar de encuentro con Ellos. En la Iglesia vivimos y celebramos ese encuentro en distintos momentos de nuestra vida y con signos especiales que son los siete sacramentos. También ellos son lugar de encuentro con Dios, pero siempre en Cristo y en la comunidad eclesial.

“Si Cristo es el sacramento de Dios y la Iglesia es el sacramento de Cristo, los sacramentos son realizaciones más intensas del encuentro con Dios en la Iglesia, cuerpo de Cristo y templo del

Espíritu”⁴⁹. “Los sacramentos no son ritos vacíos ni cosas muertas, sino encuentros personales del Dios viviente con el hombre viviente en las etapas y las situaciones más variadas de su historia”⁵⁰”

El n° 38 del Ideario presenta en su primera línea los sacramentos como lugar de experiencia de Dios en Cristo Resucitado, que es nuestro punto de encuentro con el Padre. Son, por tanto, encuentros con Cristo, que es el sacramento originario; a este encuentro nos conduce el Espíritu Santo, que actúa en todas las acciones sacramentales. Por todo ello, concluye el primer párrafo del n° 38, los sacramentos son “fuentes insustituibles de nuestra espiritualidad”.

El encuentro con Cristo y con Dios Padre en cada sacramento nos transforma por la acción del Espíritu Santo en otro Cristo, nos destina y nos capacita para repetir hoy la vida y la historia de Jesús.

En cada uno de los sacramentos está presente el Espíritu haciendo actual la presencia de Cristo resucitado. Sin el Espíritu, los sacramentos serían ritos vacíos. Gracias a esta acción del Espíritu, los sacramentos son encuentros con Cristo, experiencias fuertes de fe y de amor que nos transforman y nos liberan. Los sacramentos dan muerte en nosotros a a vida según la carne y fortalecen la vida según el Espíritu (cf Gal 5, 16-25).

Los sacramentos no son ritos mágicos que actúen en nosotros por sí mismos, estemos despiertos o dormidos, son encuentros personales y el encuentro personal nunca es automático, se necesita voluntad y deseo de vivirlo.

2. El bautismo

El bautismo, junto con la eucaristía, son los sacramentos que tienen más relieve en el Ideario. En realidad, son los dos sacramentos principales. Con respecto al bautismo y su acción en nosotros, este número resalta tres cosas:

2.1. Nos da una vida nueva

“Dios nos ha regenerado y nos ha hecho nacer de nuevo. El Espíritu hace realidad en nosotros la filiación divina; hace que el Padre sea nuestro Padre y que nosotros seamos realmente sus hijos. El bautismo es el sacramento de la vocación cristiana. “El Abbá nos llama a cada uno de nosotros con esas mismas palabras: “tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy”. No es una expresión que tiene a Jesús como único destinatario; en Jesús también nosotros”⁵¹.

Nos une a Cristo y, en virtud de esa unión, inicia en nosotros una vida nueva. Ya en el n° 12 Ideario dijo que el bautismo nos une a Cristo “para formar un solo Cuerpo” con él. En el bautismo se hace realidad la buena noticia más hermosa acerca de nosotros que hay del Nuevo Testamento: que somos hijos de Dios. El bautismo explicita y garantiza esta condición de hijos con el sello del Espíritu Santo. Dice el Ideario: “En el bautismo, que explicita y realiza el proyecto del Padre, hemos sido hechos verdaderamente hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina; hemos sido revestidos de Cristo y unidos a él para formar un solo cuerpo; hemos recibido el Espíritu Santo, que sella y atestigua nuestra condición de hijos” (n° 12).

⁴⁹ B. Forte, oc p.5

⁵⁰ B. Forte oc p. 26

⁵¹ JCR García Paredes, *Teología de las formas de vida cristiana*, III, p. 64

“El bautismo nos hace hijos de Dios en el Hijo amado, entregado por nosotros. “Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; pues los que habéis sido bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo” (Gal 2,36). Gracias al bautismo, podemos dirigirnos a Dios llamándolo Padre y experimentar la ternura del abandono en sus manos incluso en las situaciones más difíciles y ante los sufrimientos más grandes de nuestra vida”⁵².

El bautismo es sacramento de acción del Espíritu Santo. En el Espíritu se realiza el perdón de los pecados y la adopción filial, que une el bautizado al Padre: “ Y como prueba de que sois hijos, Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abbá, Padre!. (Gal 4,6).

Toda la existencia bautismal es un vivir con Cristo y en él, es experimentar su presencia en nosotros, como lo confiesa el apóstol Pablo: “estoy crucificado con Cristo; ya no vivo yo, pues es Cristo le que vive en mí. Mi vida presente la vivo en la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gal 2, 19-20).

Evocando el bautismo por inmersión que se hacía en la antigüedad, podemos decir que nos sumerge en la familia trinitaria y nos deja totalmente empapados de la presencia del Padre, del Hijo y del Espíritu y llenos de ese Amor, que hace de la Trinidad la primera comunidad. Nos hace, además, transparencia y sacramento de la Trinidad.

En otros lugares del Ideario se recogen ideas muy importantes sobre el bautismo. Así, en el número 7, se resalta la importancia de la consagración bautismal, que nos une a Cristo haciéndonos miembros de su Cuerpo y, por tanto, su nueva humanidad a través de la cual sigue actuando visiblemente en el mundo. Somos así una especie de sacramento que hace visible a Cristo. En ese mismo número se indica que “nos hace partícipes de su ser y de su función sacerdotal, profética y real”, tema del que ya hablamos ampliamente al comentar el citado número.

2.2. Nos integra la comunidad eclesial.

El bautizo comienza con un rito en el que el ministro dice al bautizando: “Con gran alegría te recibe la comunidad cristiana.”. Y lo recibe para educarlo en la fe, que públicamente se confiesa en el rito bautismal, y para ayudarle a desarrollar la vida nueva que el bautismo siembra en él.

“El cristiano forma un solo cuerpo con quienes como él han sido bautizados en el nombre de la Trinidad. “Porque todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, fuimos bautizados en un solo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido del mismo Espíritu” (1Cor 12,13). Este cuerpo es la Iglesia: “Ahora bien vosotros sois el Cuerpo de Cristo, y cada uno por su parte es miembro de ese cuerpo” (1 Cor 12, 27).

Gracias al don del Espíritu recibido en el bautismo, el cristiano sabe que ya no está solo, pues ahora forma parte de la familia de los hijos de Dios, en la que el Espíritu comunica a cada uno sus dones con vistas a la utilidad común y a la ayuda mutua. De ese modo, el nuevo pueblo de Dios “está reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (San Cipriano)”⁵³.

2.3. Es el inicio del camino de la espiritualidad

⁵² B. Forte, oc p. 44

⁵³ B. Forte, oc p. 47

El bautismo es fuente de espiritualidad porque inicia en nosotros una vida nueva, que es la vida según el Espíritu (Rm 6,8). Es el comienzo de nuestro camino. Este número del Ideario dice que "en el bautismo recibimos la vida nueva en Cristo, nos unimos a él y a la comunidad de creyentes e iniciamos nuestra andadura como seguidores de Jesús" (38b), como pueblo peregrino.

El bautismo es tarea para toda la vida, pone las bases de nuestra unión con Cristo y de nuestro caminar como seguidores suyos; bases que hay que desarrollar, si no queremos que el bautismo sea una siembra sobre rocas. Con el bautismo se inicia esa vida nueva que es vida según el Espíritu (Rm 6, 8).

3. La Confirmación

El número 38 del Ideario, con buen sentido, presenta unidos en un mismo párrafo los sacramentos del bautismo y los de la confirmación y la reconciliación. En realidad, estos dos últimos están muy relacionados con el bautismo y, en cierto sentido son continuación del mismo.

La confirmación desarrolla aspectos ya incluidos en la consagración bautismal, como la donación del Espíritu Santo. Durante bastantes siglos la confirmación no fue un sacramento aparte del bautismo, estaba incluido en él. En el siglo XII ambos sacramentos se separaron⁵⁴. Posteriormente la Iglesia puso en medio del bautismo y la confirmación un intervalo de años.

Dos dimensiones de la consagración bautismal impulsa en el cristiano el don del Espíritu que recibe en el sacramento de la confirmación:

- El crecimiento y la maduración de la "vida nueva" recibida en el bautismo y
- el envío a la misión para ser testigo del Resucitado y de la fe

"El bautismo y confirmación constituyen, pues, dos momentos de la misma donación divina al hombre, el primero de los cuales coloca a la persona en la profundidad de la vida trinitaria, y el segundo la ayuda a hacer que resplandezca esta misma vida con el fulgor de un nuevo modo de comportarse, corroborado por el Espíritu. Estar en la Trinidad y actuar en ella con siempre inseparables, como son inseparables la acción divina en el corazón de la persona y su irradiación en el testimonio"⁵⁵.

El Ideario habla también de la confirmación en el número 7 donde la presenta desde la perspectiva misionera: nos prepara y nos capacita para continuar la misión de Cristo y nos fortalece para confesar la fe y dar testimonio de Jesús.

4. La Reconciliación

La penitencia o reconciliación es una especie de segundo bautismo. Es un encuentro con Cristo en nuestra condición de pecadores. A través de él, el Espíritu nos une a la muerte de Cristo para dar muerte en nosotros al egoísmo y a las tendencias al mal, arraigadas en lo más hondo de nuestro ser.

El bautismo nos reconcilia plenamente con Dios, ya que nos hace de su misma familia, hijos muy amados. Pero, con demasiada frecuencia, nos comportamos como malos hijos, como el hijo menor de la parábola de Lucas, y necesitamos volver al encuentro con el Padre. Como el bautismo ya no se puede repetir, repetimos este sacramento de la reconciliación que es marcadamente

⁵⁴ J.C.R. García Paredes, *Iniciación cristiana y eucaristía. Teología particular de los sacramentos*. Madrid 1992 p.90

⁵⁵ B. Forte, op p. 54

bautismal. En él vivimos con gozo el abrazo del Padre que recibe en casa al hijo que había perdido (Lc 15, 11-32) y experimentamos la alegría y el gozo que tiene Cristo al llevarnos sobre sus hombros como la oveja extraviada que logró encontrar (Lc 15, 5-6).

“Cristo mismo acoge al pecador arrepentido, le reconcilia con el Padre y le renueva en el don del Espíritu Santo como miembro vivo de la Iglesia: “ Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El hombre reconciliado es acogido en la comunión vivificante de la Trinidad e introducido en la profundidad y la riqueza de las relaciones divinas. El sacramento del perdón renueva la relación del cristiano con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo”⁵⁶.

Por desgracia este sacramento está viviendo horas bajas en la Iglesia por falta de una adecuada renovación que lo revitalice y porque no somos capaces de acercarnos a él con la alegría de haber sido encontrados por el buen pastor. Es urgente hacer más alegre y más comunitario este sacramento.

“Cuando un sacramento, que es por esencia don alegre y gracia liberadora, se vive con tristeza y como una carga, falla algo fundamental, se produce una perversión objetiva de su sentido. Debe, por tanto, ser corregido o suspendido mientras no se ponga remedio... De nada vale quejarse de la crisis de la penitencia, si no se reconoce que el modo de la celebración litúrgica constituye una grave causa objetiva de la misma. La configuración histórica del sacramento esta convirtiendo para muchos en carga onerosa y a menudo angustiante un gesto destinado por el Señor a ser únicamente celebración gozosa de una liberación y apoyo fraterno de una esperanza”. “Mientras la confesión se viva como una carga, no puede ser celebrada como un sacramento”⁵⁷.

“Contra un temor bastante generalizado en ciertos ambientes, la celebración comunitaria supone una oportunidad única para recuperar el verdadero y auténtico sentido de la penitencia”⁵⁸.

2.5.El matrimonio

El concilio Vaticano II revalorizó mucho el amor humano y el matrimonio, sometido durante siglos a una permanente sospecha. El concilio ha reconocido el amor entre los esposos como camino válido para vivir una verdadera vida espiritual. No sólo se contentó con llamar a la familia “una Iglesia doméstica” (LG 11), “santuario doméstico de la Iglesia” (AA 11), sino que afirma rotundamente que “los esposos cristianos son mutuamente para sí, para sus hijos y para los restantes familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe”(AA 11). En el matrimonio “el genuino amor conyugal es asumido en el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia, para conducir eficazmente a los cónyuges a Dios, y ayudarlos y fortalecerlos en la sublime misión de la paternidad y la maternidad” (GS 48). Robustecidos “con la fuerza del sacramento del matrimonio, los esposos cristianos “llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación, y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios” (GS 48)

El matrimonio es encuentro con el amor vivificador de Cristo, cuyo símbolo es la entrega mutua de dos seres que se aman y quieren hacer de ese amor un proyecto de vida en común. Dice el Ideario: “Los que hemos recibido el sacramento del matrimonio, amándonos y viviendo la presencia

⁵⁶ B. Forte, oc. p.73

⁵⁷ A Torres Queiruga, *Recuperar la creación*, p. 239

⁵⁸ Ib. p. 244

sacramental de Cristo en nuestro amor, nos unimos cada día más al Señor y nos ayudamos mutuamente en el camino de la santidad y del apostolado (38 d)

Es, como los demás sacramentos, un encuentro con Cristo y con Dios Padre. Y es, además, un encuentro permanente porque, siendo el amor mutuo el lugar de la presencia de Dios, ellos se casan en el Señor cada día. Amándose mutuamente ellos mismos son sacramento de la presencia de Cristo y del Espíritu Santo en sus vidas. Ellos son los ministros de este sacramento tan hermoso que la Biblia lo ha tomado con mucha frecuencia como imagen del amor de Dios a su pueblo (Os 1,3; Jr 2 y 3; Ez 16 y 23; Is 54 y 62) y del amor de Cristo a su Iglesia (Ef 5, 31s).

En el matrimonio los esposos se consagran juntos a Dios y son acogidos y consagrados por él, que los ha llamado a la donación recíproca. Cada uno de ellos es signo y sacramento de la presencia de Dios para el otro, porque donde hay amor, allí está el Señor. Por eso la Iglesia invoca sobre los esposos la bendición de Dios para que “a lo largo de la vida... se comuniquen los dones de tu amor y, siendo el uno para el otro signo de tu presencia, vivan con un solo corazón y una sola alma.”

La comunión con la Trinidad, sellada en el sacramento del matrimonio, hace de los esposos imagen de Dios y de su amor; alimenta en ellos y a través de ellos en la Iglesia el espíritu de diálogo y solidaridad.

6. La Eucaristía

La Eucaristía es como la perla de nuestra fe, “este es el misterio de nuestra fe”, decimos después de la consagración. En efecto, es como un diamante que nos muestra insospechadas bellezas desde cada ángulo que lo miremos. El Ideario la mira desde ángulos muy importantes, que vamos a comentar a continuación.

6.1. La eucaristía como encuentro con el Resucitado

El Ideario la relaciona con el misterio pascual, es decir, con la muerte y resurrección de Cristo para invitarnos a realizar, como seguidores de Jesús, ese mismo proceso pascual de muerte a la vida de egoísmo y de pecado y resurrección a una vida nueva de donación. “En la eucaristía nos unimos al Señor en su misterio pascual para que su soberanía destruya en nosotros el poder de la “carne” y fortalezca la vida nueva iniciada en el bautismo” (nº 38 c)

El conocido teólogo y escriturista F.X. Durrwell dijo que “cada eucaristía es una aparición pascual”. Igual que Jesús resucitado se apareció a los dos discípulos que iban a Emaús y cenó con ellos, en cada eucaristía el Resucitado se sienta a la mesa con nosotros para hacer presente la entrega de su persona y su vida que realizó en la última cena. No sin razón en todas las celebraciones eucarísticas decimos: “¡Felices los invitados a la cena del Señor”.

El momento central de la cena del Señor es lo que hoy día designamos con el nombre de “la consagración”. Ese momento en que Jesús hace del pan el símbolo presencializador de su cuerpo, es decir de toda su persona y la entrega por nosotros, y hace del vino el símbolo de toda su vida, una vida totalmente derramada, gastada por nosotros, desde la encarnación hasta la resurrección.

En la última cena y en cada eucaristía, después de la consagración, Jesús nos dice: "Haced esto en memoria mía" (Lc 22,19). Esta frase de Jesús no es una declaración solemne con la que instituye la eucaristía y confiere a algunos el "poder de consagrar". No es sólo una orden para que

los sacerdotes repitan el rito de la última cena. Esta frase está dirigida a todos los discípulos de Jesús de todos los tiempos y es una invitación a hacer de nuestra persona y de nuestra vida lo mismo que él hizo de su Persona y de su vida, cuando, con ellas en la mano, dijo: tomen y coman, esta es mi persona; tomen y beban, esta es mi vida entregada por vosotros.

6.2. Eucaristía y seguimiento radical de Jesús.

Ya en temas anteriores hemos dicho que la espiritualidad cristiana consiste en seguir a Jesús con la fuerza del Espíritu. La eucaristía es fuente de nuestra espiritualidad porque nos impulsa a seguir a Jesús con radicalidad, hasta el extremo de entregar nuestra persona y de dar nuestra vida como lo hizo él.

El Vaticano II dijo que la eucaristía es la fuente y la cumbre de toda vida cristiana (LG 11). La vida cristiana consiste en seguir a Jesús, que centró toda su vida en el Padre y el cumplimiento de su voluntad y que fue un revolucionario profeta de plazas, calles y polvorientos caminos, empeñado en crear una sociedad nueva en la que reinara el amor y la solidaridad y no el egoísmo, la igualdad y no las diferencias humillantes, el servicio a los demás y no la explotación.

La eucaristía es fuente de una vida como la de Jesús, gastada por la causa de los demás, especialmente de los pobres. En ella somos testigos de esa entrega de Jesús por los demás y no sólo admiramos su entrega, la comemos y la bebemos cuando él en persona, sentado a esta mesa con nosotros, nos dice tomen mi cuerpo, beban mi sangre, es decir reciban dentro de ustedes toda mi persona y toda mi vida simbolizadas por este pan y este vino. Eso alimenta nuestra vida cristiana, nos impulsa a ser personas como él y a llevar una vida como la suya.

6.3. La Eucaristía y la comunidad

A veces caemos en el grave error de llamar al sacerdote que preside la eucaristía “el celebrante”, cuando en la eucaristía todos somos celebrantes, porque se trata de una acción de toda la comunidad. Es ella la que celebra, la que “hace la eucaristía”. El sacerdote preside la comunidad eucarística y su celebración. Si nos atenemos a la legislación litúrgica, por extraño que resulte, el sacerdote hace él sólo la plegaria eucarística – corazón de la Eucaristía – en nombre del pueblo, como si éste no estuviera presente. En algunos sitios las plegarias eucarísticas se hacen dialogadas. Eso tiene mucho más sentido que el monólogo memorizado y apresurado del “celebrante”.

El adagio “la Iglesia hace la eucaristía y la eucaristía hace a la Iglesia” se fundamenta en escritos casi contemporáneos con los del Nuevo Testamento como la Didajé, incluso tiene sus raíces en frases bíblicas como esta: Formamos todos un solo cuerpo porque participamos de un solo pan” (1 Cor 10, 17).

Es muy importante tomar conciencia de que la eucaristía es de la comunidad, que es ella la que celebra, la “hace la eucaristía”, aunque uno solo la presida. Esto nos lleva a evitar el excesivo protagonismo clerical en la celebración. Y no es fácil después de años de exaltación del ministro del Señor, que actúa “in persona Christi”, años de exaltación del “poder de consagrar” que tiene el sacerdote. Eso lo ha convertido en único protagonista de la acción eucarística. Como si Cristo no estuviera también presente en la comunidad y no actuara a través de ella presidida por su ministro, es decir, por el servidor de la comunidad.

6.4. La eucaristía y la misión.

La eucaristía nos compromete a luchar por extender el Reino de Dios. Es fuente de amor y de fortaleza para seguir a Cristo y proseguir su misión. Como dice el Vaticano II, en ella "se comunica y se nutre aquel amor hacia Dios y hacia los hombres, que es el alma de todo apostolado" (LG 33b).

Efectivamente, es el alma de todos los compromisos y formas de apostolado a los que nos hemos referido ampliamente en la segunda parte de este comentario, al hablar de la acción evangelizadora del seglar claretiano (capítulos X y XI). Aquí voy a resaltar solo dos ámbitos de nuestro compromiso cristiano, la solidaridad y la justicia, que encuentran su fuente en la eucaristía.

Eucaristía y solidaridad

Desde los orígenes mismos de la Iglesia la eucaristía y la solidaridad con los hermanos, especialmente con los pobres, son inseparables. Recordemos la descripción ideal de la vida de la comunidad cristiana que nos ofrecen los Hechos en 2, 44-46. La fracción del pan, es decir, la Eucaristía, les llevaba a compartir cuanto tenían. Años más tarde, un escritor cristiano del siglo II, San Justino, dice que cada uno trae a la eucaristía lo que tiene para socorrer "a huérfanos y viudas, a los que por enfermedad o por otra causa están necesitados, a los que están en las cárceles, a los forasteros de paso y, en una palabra, a cuantos están en necesidad". Y en el siglo IV S. Juan Crisóstomo reprende duramente a quienes visten con manteles lujosos la mesa del altar y se muestran indiferentes ante la desnudez de los pobres, que son sagrario de la presencia de Cristo.

El Catecismo de la Iglesia Católica, que no es precisamente un libro de avanzada, dice que : "La eucaristía entraña un compromiso a favor de los pobres. Para recibir en verdad, el cuerpo y sangre de Cristo entregados por nosotros, debemos reconocer a Cristo en los más pobres, sus hermanos⁵⁹".

La plegaria eucarística 5 b del misal romano expresa muy bien el compromiso al que nos lleva la cena del Señor: "Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido".

Siempre corremos el riesgo de pretender comulgar con Cristo en la más estricta intimidad, sin preocuparnos de comulgar con los hermanos. Recibimos con gozo el pan eucarístico ignorando el hambre de millones de seres humanos privados de pan, justicia y paz. Creer que podemos celebrar el sacramento del amor sin revisar nuestros egoísmos individuales y colectivos, nuestra ceguera culpable, nuestra apatía ante situaciones sociales intolerables de desprecio y olvido de los pobres, es una ilusión.

Sigue manteniendo su actualidad la observación que hace ya muchos años hizo un teólogo de la Iglesia Oriental: "El cisma o separación entre el sacramento del altar y el sacramento del hermano es uno de los más fatídicos de la historia del cristianismo. Hoy día percibimos que ha llegado el momento de superar ese cisma. Hay que poner fin a la esquizofrenia de tantos cristianos que los domingos se entregan al éxtasis (en Oriente) o a las buenas intenciones (en Occidente), para abandonarse durante la semana a los caminos de este mundo. No se trata, como en el caso de los "progresistas", de sustituir el sacramento del altar por el del hermano, ya que, si no, se abandona la historia a sí misma y ella no es, en definitiva, más que una danza macabra, sino de dar a la eucaristía toda su dimensión ética"⁶⁰.

⁵⁹ Catecismo de la Iglesia Católica n. 1397

⁶⁰ Oliver Clement, citado por Fermet oc. p. 94.

Eucaristía y compromiso por la justicia

El documento claretiano “Nuestra espiritualidad Misionera en el camino del pueblo de Dios” confiesa que “reunidos en torno a la Mesa del Señor, que comparte su vida con sus discípulos, sentimos el dolor de la exclusión de tantas personas de esa otra mesa que el Señor ha preparado para todos sus hijos e hijas: los bienes de la Creación confiados al cuidado de la familia humana. La eucaristía es una llamada poderosa a colaborar a la transformación del mundo según el designio de Dios”⁶¹

Las siguientes líneas de un folleto de J. M Pagola, titulado: “La Eucaristía, experiencia de amor y de justicia” sintetizan muy bien el lazo que une el compromiso de los cristianos por la justicia y la eucaristía.

“¿Qué significa una asamblea reunida para celebrar la cena del Señor si allí no se está trabajando por erradicar las divisiones y distancias hirientes entre poderosos y débiles, entre ricos y pobres? ¿Cómo puede tomar en serio el sacramento del amor una comunidad que no toma en serio la opresión y la injusticia que crucifica a los hombres? ¿Cómo se puede celebrar la eucaristía semanal manteniendo la división, los abusos, engaños y explotaciones entre cristianos que se acercan a compartir el mismo pan? ¿Qué sentido puede tener esforzarnos por la renovación litúrgica de nuestras celebraciones si no va acompañada de una lucha por renovar y humanizar esta sociedad injusta?”⁶².

La eucaristía no es un simple recuerdo de lo que hizo Jesús, es memorial, es decir, la presencia aquí y ahora de Jesús y de lo que él hizo. “Lo que recordamos no es simplemente el rito de la cena, sino que celebramos el acontecimiento salvífico que se recoge y expresa en esa cena y que es el compromiso radical y la entrega de Jesús hasta la muerte. Lo que Jesús hace en la cena del jueves santo es reafirmarse en su obediencia filial al Padre y en su solidaridad total con los pobres, los últimos, los excluidos, los pecadores, asumiendo hasta el final las consecuencias. Esto es lo que expresan las palabras de Jesús: “Esta es mi vida. Os la doy. Este es mi cuerpo entregado por vosotros. Esta es mi sangre derramada por vosotros”. Jesús resume toda su vida anterior de entrega y amor mesiánico, donde los privilegiados siempre han sido los no privilegiados por la sociedad. Resume esa entrega y, fiel a su amor mesiánico, acepta el conflicto, el riesgo total, el sacrificio de su vida.”⁶³

“El memorial del crucificado nos urge a vivir la solidaridad y la defensa de los últimos, arriesgando nuestra propia persona hasta el conflicto y la cruz. El memorial del crucificado exige compromiso y lucha no sólo por nuestras propias reivindicaciones, sino por los derechos y aspiraciones de los últimos; y no sólo de manera teórica, sino en situaciones y conflictos concretos.

La gran contradicción de nuestras eucaristías es que recordamos y anunciamos la cruz mientras rehuimos la pasión. Y, ciertamente, nadie nos crucificará si nos limitamos a compartir en alguna medida nuestros bienes dejando intactas las causas de la injusticia o abandonando toda lucha por una sociedad más humana”⁶⁴.

⁶¹ Misioneros Claretianos, oc p.49.

⁶² J. A. Pagola, oc p 5

⁶³ J.A Pagola. oc p. 16.

⁶⁴ J.A. Pagola . , oc p 17

Para dialogar:

- a) *¿Por qué decimos que Cristo y la Iglesia son sacramentos?*
- b) *Vivimos los sacramentos como ritos eficaces que actúan por sí mismos o los vivimos como encuentro con el Señor Resucitado que transforman nuestra vida?*
- c) *Compartir sobre cómo es nuestra práctica del sacramento de la reconciliación.*
- d) *¿Es realmente la comunidad protagonista de la eucaristía?*
- e) *Repasar cada uno de los puntos expuestos aquí sobre la eucaristía y comentar cómo vivimos cada uno de ellos*
- f) *Compartir experiencias de vida en las que aparezca el nexo entre Eucaristía y solidaridad, entre Eucaristía y justicia.*